

VIOLENCIA DE GÉNERO (Por: La señorita Cora)

Había que aproximarse con sigilo, poner extremo cuidado en cada paso y evitar el crujir del pasto seco, contener la respiración. Aun así, por más cautela que ponías en cada movimiento, cuando estabas a un metro de distancia, cesaba el canto metálico del grillo que estaba más cerca y los otros parecían embravecerse y frotar sus alas con un brío renovado. Si te quedabas por completo inmóvil, agazapado, los sentidos alerta y el respirar acompasado, se confiaba y volvía a emitir un *frifrí* tímido, le contestabas entonces con un silbido entrecortado, vibrando la lengua sobre el paladar, imitándolo, y se enardecía emitiendo un reclamo poderoso y avisador. Si ponías buena atención en ese instante, agudizabas bien el oído e intentabas escudriñar entre la maleza, conseguías adivinar donde se encontraba con la aproximación de un palmo. Como un felino al acecho de su presa estudiabas un movimiento rápido y sorpresivo, lanzabas un súbito zarpazo allí donde se suponía que estaba y con suerte lo veías escabullirse entre la maleza, lo agarrabas con cuidado y lo metías en un bote con agujeros, desbrozabas la zona y normalmente aparecía huyendo una hembra presurosa a la que dar caza igualmente. En ocasiones no lo veías siquiera y con paciencia descubrías un agujero que era su guarida subterránea, si te empeñabas en excavar no lo encontrabas nunca, lo más efectivo era sacarte la picha de pellejo apretado y mear con tino apuntando al escondrijo. Al poco salía el grillo empapado de orín y barro como pidiendo clemencia y ya era coser y cantar echarle el guante.

Los machos tienen unas alas rugosas del color del cobre y dos filamentos negros que le salen por atrás, pegados al abdomen. Elevan ligeramente esas alas y las frotan frenéticamente produciendo la melodía chirriante que acompaña los largos días de verano y sus noches cortas atiborradas de estrellas. Lo hacen para cortejar a las hembras, que son visiblemente más grandes, menos negras, más grisáceas y con tres de esos filamentos atrás en lugar de dos, ese detalle los distingue perfectamente si es que hay duda.

En El Arca de Noé, que era una tienda desvencijada y atestada de cachivaches, vendían grilleras, unas diminutas jaulas de alambre fino laboriosamente engarzado, con un ganchito en el extremo para colgarlas. Estaban allí expuestas entre ruedas de bicicleta, horcas de ajos, fuelles, ristras de morcillas secas, aguzaderas de arados, bacalao en salazón, cualquier cosa imaginable pendía de aquel techo que semejaba el

VIOLENCIA DE GÉNERO (Por: La señorita Cora)

de una cueva repleta de estalactitas e igual de oscura. Las paredes eran un mosaico de cajoncitos de madera con un pequeño letrero y en cuyo interior podía encontrarse la pieza que se buscase, desde un tornillo rosca chapa a hembrillas del tamaño deseado o unos pernos que abren a derechas. Sobre unos estantes en alto dormían rollos de tela guateada, retales de Gales y piezas de hule satinado. Detrás del mostrador habitaba la figura enjuta y encorvada de Atilano, que te miraba interrogante con sus ojos de mosca, por encima de unas lentes diminutas, incrustadas en la punta de la nariz aguileña y con esos brazos suyos de insecto recogidos sobre el pecho.

—¿Quéquieres, muchacho?

—Cuatro grilleras.

—Vaya, ¿vas a montar una orquesta? Ayer te llevaste tres y el otro día cinco.

—Es para un trabajo de la escuela. Deme una de esas que parecen más grandes.

—Ahí las llevas, y mira, te voy a regalar este juego de ajedrez tan chico. Es de imanes ¿ves?, a ver si así te empleas en algo más útil que andar siempre con los bichos.

Siempre te obsequiaba con cualquier fruslería o una simple moraleja y cualquier cosa que comprases te la envolvía en un burruño de papel de periódico, del Lanza, que era el diario local y el más socorrido. Después contaba las monedas con parsimonia, cantando en voz alta las cifras, hurgaba en un cajón como quien escarba un tesoro y dejaba caer las vueltas de una en una.

—Esto te hacen cinco, y con cinco más son diez y estos dos reales te hacen las cincuenta pesetas —y remataba finalmente— !duro a duro no hay pan duro!

Ponías una base de lechuga fresca y un dedal de agua dentro de cada jaula y las colgabas de a dos, macho y hembra, por los rincones del patio. Cuando el día empezaba a languidecer comenzaba el concierto, unos toques para afinar primero y después se desataba el conjunto en un frenesí ensordecedor. Mi abuela decía que iba a volverla loca, que aquello era de verdad una jaula de grillos y nunca mejor dicho, pero al insistirle que era cosa de los maestros se resignaba y se iba a tomar el fresco a la puerta de la casa, lejos del criterio de aquellos bichos del diablo. Sin embargo a mí, aquel sonido irritante me hacía ver con total transparencia el pequeño tablero de ajedrez y las jugadas se me ofrecían rápidas, consecutivas, y me cobraba piezas con la misma avidez que los insectos rumiaban las hojas que yo les daba.

VIOLENCIA DE GÉNERO (Por: La señorita Cora)

Tal era el embrujo que producían las hembras en los machos, tan cerca pero inalcanzables, que los grillos perdían ya el pudor y podías verlos de cerca dale que te pego a las alas como enloquecidos. Ellas, en comparación, eran sosas, roían golosamente la hierba fresca y aventuraban con indiferencia sus antenas fuera del alambre, entonces el grillo se abalanzaba y extendía por fuera las suyas todo lo que podía y, al tocarse, ella se retiraba para buscar refugio bajo el lecho verde. Al cabo de unos días se observaba el cambio, la hembra crecía por horas y parecía anhelar entrar en la jaula vecina, era el momento de ponerlos juntos en una jaula algo más grande. Y resulta que al hacerlo se perseguían por el pequeño habitáculo de acá para allá hasta que parecían ponerse de acuerdo, se fundían y quedaban pegados por la masa blanda del abdomen de cada uno. Copulaban. Era un acto breve, quieto y silencioso, un momento de victoria para la naturaleza que seguía su curso inefable. Al separarse, ella se arrojaba sobre el iracunda, lo doblegaba, lo aprisionaba bajo su peso y comenzaba con pequeños mordiscos la minuciosa tarea de zampárselo sin miramiento. Lo despedazaba con bocados certeros y de ese cuerpo, tan ruidoso y osado antes, brotaba un espeso líquido negro que se desparramaba por la lechuga del fondo, descolorida y fatigada por la lucha. De aquel pequeño animal brioso no quedaba finalmente más que una carcasa y los ojos huecos, de ese tortuoso e infatigable cortejo, derrochador de energía y ruido, solo quedaba una escena de muerte que servía de alimento para que la vida se abriera paso de esa forma tozuda y obsesiva. Al poco tiempo, apenas unos días, la hembra, con el vientre inflamado, vomitaba una enorme cantidad de huevos entre una masa espesa y blanquecina, los cubría con restos de hierbajos, lechuga marchita y minúsculas motitas negras de excrementos. Cumplida la tarea se entregaba a una muerte lenta, dejaba de comer y se extinguía por fin, consumidas las últimas fuerzas que le quedaban. Había que esperar casi un año hasta que llegase el inicio de un nuevo verano para que esa vida latente eclosionase en diminutos bichitos negros, unos con dos pequeños filamentos atrás y otros con tres, listos para comenzar un nuevo ciclo.

Me vino todo esto a la memoria súbitamente, y con absoluta claridad, mientras contemplaba con extraña fascinación la sangre que brotaba de la cabeza de Elena, manaba de allí a borbotones primero y después en un hilillo incesante que empapaba las sabanas de satén blanco. A mí me gustaba mucho esa mujer, desde el día que la conocí, una tarde de Abril cálida y lluviosa, hará ahora dos meses. Ella me ofreció su paraguas

VIOLENCIA DE GÉNERO (Por: La señorita Cora)

al verme empapado bajo un sauce al lado del embarcadero, un lugar del parque donde suelo ir para abandonarme en tortuosas partidas de ajedrez que dispufo a solas. Desde ese instante me entregué a un largo y constante cortejo para llamar su atención y vencer su resistencia. Hube de desplegar todo tipo de llamativas cualidades en un incansable empeño por conseguir su favor. Carecía de unas alas que al frotarlas produjesen un hechizo infalible en ella, la seducción resultó ser un sistema complejo de intrincadas reglas que iba descifrando de poco a poco, como el ajedrez mismo, hasta que Elena fue dando muestras de consentimiento y pude tocar su mano un día y besar sus labios tiernos algo después. Ya fue solo una cuestión de tiempo y paciencia avanzar en el contacto cada vez más audaz. Nos tocamos mucho a partir de entonces, de arriba abajo, sacudidos por oleadas de deseo que ella intentaba mantener bajo control, y cuando se veía a la deriva, adoptaba una posición de enroque inexpugnable, de manera que yo me replegaba y volvía a plantear mi ataque concienzudamente. Así sucedió hasta que ayer accedió a un encuentro en mi casa, una cena íntima programada para derribar la última barrera. Llegado el momento, tras unas copas de burbujas que subían sin descanso y cosquilleaban el paladar, a mí me acometió una parálisis inopinada, no sabía o no quería seguir adelante, atenazado por un miedo irracional que me sobrevino de repente. Fue ella quien tomó la iniciativa entonces, quien hurgó por entre mis piernas y me volteó en la cama, quien se subió encima a horcajadas y se arrancó el vestido, quien hizo que entrase dentro de sus entrañas que eran de fuego. Se movía rítmicamente, los ojos entrecerrados, la boca entreabierta, las manos aprisionándome el pecho, y gemía, lanzaba una especie de lamentos que le venían de muy hondo, echaba la cabeza adelante, jadeaba, y su melena larga y negra caía sobre mi como un manto oscuro, echaba la cabeza atrás y ante mí se ofrecía el baile de unos pechos blancos que subían y bajaban. Los movimientos se hicieron más rápidos, más violentos, y los gemidos se tornaron en feroces aullidos, se apoderó de ella un temblor convulso, todo su cuerpo se tensó, me aprisionaba con las piernas y sus manos eran como garras que me rasgaban la piel, sentí como si fuese a desaparecer dentro de ella. En ese instante, obedeciendo quién sabe qué instinto primario, alcancé un pesado trofeo de bronce que reposa en la mesilla de noche como recuerdo de un prometedor futuro en el ajedrez, la figura agigantada de un peón que así con todas las fuerzas que me quedaban para asestarle un golpe brutal y definitivo en su hermosa cabeza desgreñada, se tambaleó un poco y cayó

VIOLENCIA DE GÉNERO (Por: La señorita Cora)

de lado como una muñeca desarticulada, liberándome de esa presión interior que amenazaba con engullirme por entero.

Después de pasar un largo rato pegado a su cuerpo he creído despertar de un horrendo sueño, pero esto era una pesadilla, yo estaba a su lado y las pesadillas no se sueñan de a dos. Impávido, sumido en fugaces recuerdos y pensamientos tenebrosos, me he incorporado con la dificultad de quien soporta un peso desproporcionado, he abierto el ventanal que da al jardín en busca del aire fresco de esta primera noche de verano, y al hacerlo, me ha llegado nítido, desafiante, el chirrido metálico de unas alas de grillo al rozarse frenéticamente. He calculado bien la procedencia, entre un manojo de margaritas en flor, y he arrojado allí, con toda la desesperación que me ahoga ahora, el trofeo que todavía tenía en mi mano. De inmediato se ha hecho el silencio y me he dejado caer pesadamente sobre un sillón de la terraza. Delante de mí, descansando sobre la mesa, hay un tablero de ajedrez con las piezas dispuestas para la partida. Falta un peón negro, una pequeña pieza sacrificada para que este complicado juego siga su curso, solo que, en este caso, no sé si soy yo el vencedor o el vencido en esta absurda lucha de sexos a la que nos tiene sometidos la maldita naturaleza. Inevitablemente he caído en sus manejos insondables y no dejo de preguntarme cómo he podido cometer un acto tan terrible. Al levantarme me he visto reflejado en el cristal, unas alas cobrizas y alargadas cuelgan de mi espalda, dos curvos y delgados filamentos sobresalen por debajo de ellas hacia abajo. He comprendido que aquel no era yo, yo no era más que mi propia fuga, una víctima y un verdugo huido de la violencia de género. He sentido un hambre atroz, me he abalanzado sobre el cuerpo exangüe y tibio de ella mientras terco, inasequible, el fragor de las alas chirriantes vuelve a sonar entre la hierba.